

Vergeat, Lepetit y Lefebvre

León Trotsky
26 de febrero de 1921

(Versión al castellano de Matteo David desde “[Vergeat, Lepetit and Lefebvre](#)”, en *The First Five Years of the Communist International*, Trotsky Internet Archive – MIA)

En septiembre del año pasado tres revolucionarios, tres jóvenes franceses, se ahogaron en las frías aguas del norte en el camino de Rusia hacia Noruega: la guerra civil abarca a todo el mundo y sus trágicos episodios se desarrollan no sólo en tierra firme sino también en el agua.

Durante estos años, cada uno de nosotros ha perdido a muchos amigos en el campo de batalla. En todos los países el número de tales pérdidas es enorme y sigue creciendo cada día. Y sin embargo, la muerte de Lefebvre, Lepetit y Vergeat se destaca del trasfondo de nuestro tiempo incluso por la naturaleza excepcional de su entorno y por su romanticismo trágico (si se me permite decirlo).

De los tres compañeros fallecidos, tan diferentes entre sí y, sin embargo, tan fundamentalmente similares, tuve menos trato con Vergeat. Lo había visto sólo en Moscú fugazmente en esa ocasión. Sólo una vez le hablé con gran detalle. Irradiaba el encanto de la sencillez y la honestidad. Había venido a ver con sus propios ojos para descubrir y luchar. En cuanto a las apariencias, Vergeat no era del tipo entusiasta. A pesar de su juventud se podía percibir en él la confianza tranquila de quien se observa a sí mismo atentamente, distingue lo trivial de lo importante y lo superficial de lo fundamental y no tiene necesidad de fervor para mostrar un valor elevado en el momento decisivo. El proletariado francés necesita de esas personas.

Conocí a Lepetit durante el tiempo que pasé en París. Una breve figura fornida, un rostro inteligente y distintivo y una expresión alerta y sospechosa lo marcaban de inmediato. Una voz metálica te obligaba a escucharlo. ¡Este navío se había hecho sin el material fino, de la lucha! Lepetit, una personalidad vívida, al mismo tiempo encarnaba en sí los rasgos principales del proletariado francés y particularmente del proletariado de París. En él estaba el líder revolucionario innato que esperaba su hora para dar un paso al frente. En Francia ha habido y hay muchísimos trabajadores talentosos que, al subirse sobre las espaldas del proletariado, se convirtieron en los iniciados del parlamentarismo burgués o del sindicalismo de los perros falderos, y que, mano a mano con los abogados y los periodistas, traicionaron a la clase obrera. Lepetit concentró en sí la indignación de las masas engañadas, no sólo contra la clase capitalista sino también contra sus numerosos agentes en el seno del proletariado. Lepetit no quiso depositar ninguna confianza. Aunque sin duda de una íntima naturaleza ardorosa, era reservado y desconfiado. ¡Demasiadas veces habían sido engañados aquellos a quienes había representado! Había llegado a la república soviética con su stock de desconfianza; su mirada hosca y su sed de descubrir le permitían actuar. Miró todo dos o tres veces, comprobó, una vez más, hizo una pregunta, y una vez más comprobó. Lepetit se consideraba un anarquista. Su anarquismo no tenía nada en común con esa sala de estar, con el claustro sacerdotal, intelectual, individualista, tan extendido en Francia. Su anarquismo era la expresión, aunque teóricamente incorrecta, de una profunda

indignación genuinamente proletaria por la villanía del mundo capitalista y por la bajeza de aquellos socialistas y sindicalistas que se arrastraron de rodillas ante este mundo. Pero precisamente a raíz de ese anarquismo había un vínculo indisoluble con las masas y una disposición a luchar hasta el final. Con el curso de las cosas, de la lucha y de su propio pensamiento, Lepetit habría llegado a la dictadura del proletariado y a la Internacional Comunista si las olas del norte del océano no se lo hubieran tragado en el camino.

Lefebvre era un intelectual y, a menos que me equivoque, provenía de una familia completamente burguesa. Era la forma pura del entusiasta revolucionario. También le conocí en Moscú durante el Segundo Congreso. Pero lo observé de cerca, ya que debía trabajar con él en la comisión de actividad parlamentaria. Recuerdo incidentalmente cómo, en una de las sesiones de la comisión, en una discusión con el comunista italiano Bordiga, Lefebvre, después de reconocer que en nuestra época el parlamentarismo no podía tener un significado decisivo, añadió, suavemente como siempre: “pero de todos modos, no se puede negar el beneficio y el placer derivados de la oportunidad de decirle a Millerand en el parlamento, a sólo un metro de distancia de su rostro, ‘eres un canalla’”. Lefebvre siempre estaba agitado y preocupado durante el congreso por si echaría de menos a alguien o algo, por si no lograría oír algo o no decir algo necesario a alguien. Y se esforzó igualmente en absorber todo lo que el congreso podía darle y, al mismo tiempo, en expresar sus pensamientos, esperanzas y expectativas. Ya en el segundo o tercer día del congreso vi a Lefebvre con una blusa de estilo ruso. Se esforzó en que su imagen externa llevase el sello de su confianza en la Rusia soviética y su vínculo con ella. No buscó verificación como Lepetit. En el pasado había pertenecido no a la clase que fue engañada sino a esa clase que engañó. Pero había roto con esa clase hasta las últimas consecuencias. Y estaba junto a Lepetit. Es cierto que Lepetit lo miraba con recelo. Pero se habrían reunido un mes tarde o temprano. Se habrían reunido en los puestos de combate de la dictadura proletaria si el traicionero mar no se hubiera tragado el barco en el que este trío, Lefebvre, Lepetit y Vergeat, intentaban cruzar la línea del bloqueo imperialista.

Tan diferentes en su origen y en su personalidad, estos tres luchadores estarán unidos para siempre en la memoria del proletariado francés y del proletariado internacional: al final, tomaron un mismo camino hacia un mismo objetivo y perecieron en ese mismo camino, persiguiendo ese mismo objetivo, y en la misma etapa. No los olvidaremos.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es